

MS 58 5  
1012/171 64  
c.1

Sábado 1º de Enero de 1921

## UN DESIERTO EN LA CIUDAD

-¿Qué cosa es un oasis?

-Es un pequeño desierto en medio de un continuado jardín. (Le Sire de Coucy, de vuelta de las Cruzadas).

Parece que la idea dominante en la Municipalidad es convertir la actual Alameda en una franja de terreno que imite con absoluta propiedad el desierto de Atacama.

Un trocito de desierto colocado en el centro de una ciudad moderna es, sin duda, un espectáculo altamente interesante, no sólo para los chilenos, sino, muy especialmente, para los extranjeros.

Una extensión plantada de árboles, dentro de una capital que presume de culta, no tienen gracia alguna. Todas las urbes modernas poseen sitios semejantes; pero un retazo de pampa, trasladado desde los áridos confines del norte al centro mismo de Santiago, es un espectáculo nuevo, original, atrayente, único.

Chile es conocido en todo el mundo, casi exclusivamente, por su producción de nitrato; la prensa continúa, sin embargo, quejándose de la falta de propaganda que se hace a nuestro salitre. ¿Qué cosa más natural que ofrecer a los turistas una reducción en pequeño de las regiones salitreras?

La Alameda se prestaría para ello a las mil maravillas; se podrían reemplazar las estatuas de los próceres por algunos "cachuchos" de último modelo y los quioscos por oficinas salitreras. En cuanto a la falta de caliche, no sería ningún inconveniente, pues se podría explicar a los viajeros que esta carencia se debe a que aún no han sido repuestos los linderos para ubicar la pertenencia en un terreno más rico, en las proximidades del Toco.

Hasta se podría formar con esa base una sociedad anónima, cuyas acciones, hábilmente "maquinadas", costearían por completo la obra.

Como se ve, el plan de los municipales está bien meditado, y dentro de muy poco será una hermosa realidad. Para ello la Municipalidad no ha reparado en sacrificios, empezando, como es lógico, por suprimir los árboles que adornan el paseo, mediante un hábil y discreto sistema de sequía.

La mayor parte de las encinas han empezado, ya, a perder la hoja, y es de esperar que en pocos días más no quede un árbol a lo largo de la Alameda.

No se crea, sin embargo, que el proyecto en cuestión, como toda idea de progreso, no ha encontrado enemigos. Un grupo de señores que se llaman a sí mismos los "Amigos del Arbol" y se tratan de tú con las encinas, han emprendido una enérgica campaña contra la obra de los ediles y amenazan frustrarla.

Es esto algo que no debe tolerar la ciudad.

A lo sumo se podría llegar con ellos a una transacción, permitiéndoles que, por no requerir agua, podrían conciliarse con la aridez, la desolación y, en una palabra, con el carácter local que es preciso dar a la nueva obra de embellecimiento urbano.

Pero oponerse así, como lo hacen los Amigos del Arbol, sin más razón que el sentimentalismo y el espíritu tradicional, a que se reduzca a leña la avenida, es un absurdo.

Se trata, al fin y al cabo, de una obra original y de eficaz propaganda, que vale cien veces más que todos los árboles y sus amigos.